

**«LA ESPERANZA
VENCE AL MIEDO»**

(cfr. 1 Jn 4, 17-18)

Carta Pastoral de Adviento 2007

Juan María Uriarte, Obispo San Sebastián

ÍNDICE

Introducción	3
I. Temores, incertidumbres, decepciones	3
1. Temores existenciales	3
2. Decepciones y miedos de carácter social	4
a. Las decepciones.....	4
b. Los miedos.....	4
c. La crisis de la ética	5
d. El oscurecimiento del sentido de la vida	6
e. Incertidumbres y zozobras en nuestro pueblo	6
3. Los azares de la esperanza eclesial	6
4. Y, sin embargo,	7
II. Perfil humano de la esperanza	8
1. El ser humano necesita esperar	8
2. La fragilidad de la esperanza.....	8
3. Los dos componentes de la esperanza: deseo y confianza.....	9
4. Una esperanza abierta	9
III. Perfil cristiano de la esperanza	9
1. Dios nos ha prometido un futuro de plenitud.....	10
2. La esperanza, deseo ardiente del Dios vivo	10
3. La confianza incondicional en Dios	12
4. Esperanza, deseo confiado del Reino de Dios	13
5. La esperanza es deseo confiado respecto de la Iglesia.....	14
6. La esperanza y el crecimiento humano	15
IV. Frutos y reflejos de la esperanza cristiana	16
1. La alegría.....	16
2. La inquietud	17
3. El trabajo transformador y comprometido	18
4. La paciencia	19
5. La oración.....	20
6. La sobriedad	21
V. Aprender a esperar	21
1. Aguardar como un pobre (Ap 2, 8-18).....	22
2. Aguardar «desde dentro» (Ap 2, 1-7).....	23
3. Ensanchar nuestra esperanza.....	24
4. Prevenir las falsas salidas	25
5. Asidos a la Palabra de la Promesa (Ap 3, 7-13).....	26
Conclusión	27
1. Reavivar la esperanza de la Iglesia	27
2. Confortar la esperanza de la sociedad	28

INTRODUCCIÓN

«*Permaneced en Mí; no tengáis miedo*» (Jn 15, 4; Mt 14, 27). He aquí el lema que quiere recoger y aglutinar nuestro programa diocesano de este curso. Desentrañarlo y favorecer su asimilación constituye una de mis preocupaciones pastorales preferentes. Las Jornadas anuales de Pastoral y de Espiritualidad están animadas por esta intención. La presente Carta Pastoral sobre la Esperanza está diseñada con la misma finalidad. El Adviento, ya inminente, es tiempo litúrgico privilegiado para regenerar nuestra esperanza en el Salvador que vino, viene y vendrá. Con la Iglesia universal pediremos a Dios Padre: «*No permitas que desfallezcamos en nuestra debilidad los que esperamos la llegada saludable de Aquel que viene a sanarnos de todos nuestros males*» (oración del II miércoles de Adviento).

Mi exposición se despliega en una secuencia concatenada de capítulos. El primero quiere identificar escuetamente algunos concretos temores y preocupaciones que afligen nuestra existencia humana, nuestra convivencia social y nuestra vida eclesial, y suponen un desafío para nuestra frágil esperanza. El segundo se propone diseñar el rostro humano de la esperanza, lleno de noble dignidad. El tercero se expone en el desarrollo de los caracteres principales de la esperanza cristiana. El cuarto desarrolla algunas actitudes espirituales que son su fruto y su reflejo. El quinto nos muestra algunas indicaciones para aprender a esperar. La conclusión señala unas cuantas tareas que la esperanza postula de nuestra condición de ciudadanos y de miembros de la Iglesia.

I. TEMORES, INCERTIDUMBRES, DECEPCIONES

La vida personal, social y eclesial es mucho más rica que el retrato de ella que vamos a esbozar. Tiene indudables aspectos luminosos que son claramente perceptibles si un pesimismo sombrío no ha oscurecido nuestra mirada. La descripción presente va a recoger «*el lado oscuro de la realidad*» (J.L. Ruiz de la Peña), por dos motivos: es predominante en los análisis lúcidos y rigurosos que hoy se practican; son estos aspectos sombríos los que interpelan especialmente a nuestra esperanza.

1. Temores existenciales

Nuestra vida está tejida de proyectos, expectativas y realizaciones estimuladoras. Pero alberga también sus propios *temores*: miedo a la enfermedad, a la vejez, al conflicto y la ruptura con los nuestros, al fracaso profesional, a la soledad... y a la muerte.

Los analistas más conocedores de las profundidades del alma humana, subrayan el miedo a la muerte y lo encuentran agazapado en el corazón mismo de otros temores. Los intentos de algunos pensadores por minimizar el acontecimiento de la muerte han resultado poco plausibles e incluso ridículos (p. ej., el de H. Marcusse).

Junto al fajo de sus temores, cada uno lleva a cuestas el fardo de sus *problemas*: unos estudios que se resisten, una relación afectiva que languidece, un puesto de trabajo que se esfuma, un miembro de la familia que se hunde, unos apuros económicos persistentes, una convivencia sufrida, un conflicto de conciencia, una elección

vocacional que se tambalea, una fe no liberada de la esclavitud del pecado y probada por la tentación y la duda.

Pero lo propio de esta época no es tanto la multiplicidad de nuestros temores y problemas cuanto el «ánimo bajo» de que disponemos para abordarlo. «*Vivimos en el club de los proyectos vivos y de las esperanzas muertas*» (T. Muro). Por algo la **depresión** se ha convertido en la dolencia psíquica característica de nuestro tiempo. Muchas personas sucumben a ella en alguna fase de su vida. Cuando, como una niebla baja, penetra en la persona, desfallecen en ella las ganas de vivir, los motivos para luchar, la energía para trabajar, el vigor para confiar en sí y en los demás, el ánimo para orar. La tristeza, la conciencia de fracaso y el sentimiento de culpa ocupan prácticamente todo su espacio interior.

2. Decepciones y miedos de carácter social

Según muchos especialistas, el futuro es percibido por los europeos más como una amenaza que como una promesa. En este punto, el optimismo de la modernidad se ha disipado en gran medida. Algunas de sus ilusiones se han convertido, al menos parcialmente, en decepciones.

a) *Las decepciones*

Una de estas ilusiones ha sido *el desarrollo*: hemos creído que la ciencia y la técnica iban a resolver todos nuestros problemas y asegurarnos un progreso en todos los órdenes de la vida. Indudablemente, el avance ha sido admirable. La ciencia y la técnica nos han aportado salud, control de la naturaleza, conocimiento, bienestar. Vivimos mucho mejor. Pero, ¿somos mejores, más libres, más felices que nuestros abuelos? ¿Puede llamarse progreso un desarrollo unilateral que no logra estos objetivos.

La segunda gran ilusión de la época de la modernidad ha sido un mundo más justo y **solidario**, en el que irían desapareciendo diferencias injustas y opresoras entre pobres y ricos, cultos e ignorantes, países opulentos y arruinados, Norte y Sur de nuestro planeta. Algunas diferencias han ido disminuyendo. Otras subsisten obstinadamente. Han surgido incluso nuevas opresiones. En general, no nos decidimos efectivamente a favorecer la promoción de los pueblos del Sur a costa de recortar nuestro bienestar. No nos resignamos, en palabras de J.I. González Faus, a ser «*un poco menos ricos para que ellos sean un poco menos pobres*».

La decepción es una de las enfermedades de la esperanza.

b) *Los miedos*

Los expertos identifican en nuestra conciencia colectiva cuatro **amenazas** que desencadenan una tasa no desdeñable de temor.

Una es la **amenaza nuclear**, que no ha desaparecido con la distensión entre los bloques de antaño, aunque sí parece haberse atenuado en la conciencia subjetiva de muchos de nuestros contemporáneos. Es innegable que la humanidad tiene hoy medios técnicos para aniquilarse a sí misma. No está, en absoluto, a salvo de esta posibilidad. Los

arsenales atómicos destructivos están hoy al alcance de muchos países. Un error técnico, un conflicto extremo, una locura, puede activarlos y generar la catástrofe.

Otra es la **amenaza ecológica**. El planeta Tierra está siendo expoliado irresponsablemente. El aumento de la población en ciertas regiones del globo, la ambición económica de sus explotadores y el consumismo generalizado del Primer Mundo, van reduciendo sensiblemente nuestras reservas (materias primas, parques naturales y fuentes de energía). La contaminación de la atmósfera y de las aguas va convirtiendo paso a paso la tierra en un vertedero de desperdicios. Las graves alteraciones climáticas son, según muchos expertos, un «aviso de la naturaleza». Deberíamos preguntarnos con mayor apremio, qué mundo vamos a dejar a las generaciones del futuro.

Otra es hoy la **amenaza terrorista**. Nosotros la conocemos a nuestra escala. Hoy se ha convertido en un problema mundial. Viejas injusticias y fanatismos recrudescidos han provocado un riesgo real que se ha materializado en terribles atentados y ha despertado la alerta y la alarma en los países prósperos del Primer Mundo.

Un nuevo fenómeno es sentido también, en este Norte privilegiado, como una cuarta amenaza para nuestra seguridad: la **oleada migratoria**. Es la presión que los pueblos del Sur, sumidos en una miseria desesperada, ejercen de manera cada vez más apremiante y explosiva sobre el Norte rico, que dosifica con miras casi exclusivamente egoístas y defensivas, la admisión de esta marea creciente.

No es difícil concluir que estos temores, en la medida en que son percibidos por la conciencia colectiva, ensombrecen nuestro futuro y, por tanto, nuestra esperanza.

c) **La crisis de la ética**

Es preciso admitir de buen grado que nuestro tiempo ha conocido verdaderos avances en varios campos del comportamiento moral. Ha formulado y reivindicado los derechos de la persona humana; la Declaración Universal de los Derechos Humanos (1948) es un hito de la historia. Ha suscitado movimientos de liberación socioeconómica; la teología de la liberación es uno de sus exponentes eclesiales. Ha logrado una mayor conciencia de igualdad y de respeto a la libertad personal. Ha progresado, aunque de manera aún insuficiente, en el reconocimiento de la mujer como igual al hombre, como diferente a él y como complemento recíproco. Ha crecido un determinado nivel de conciencia de la unidad de la familia humana. Son conquistas morales parciales e incompletas, pero valiosas.

Lamentablemente, la conciencia, la sensibilidad y el comportamiento moral se han debilitado en otras áreas importantes de la vida humana. La corrupción pública y privada, el oportunismo predominante en la política, la «explosión sexual» de nuestro tiempo, la inestabilidad del matrimonio, el déficit de humanismo y la escasa sensibilidad ética, frecuente en los Medios de Comunicación Social, son algunos indicadores preocupantes. Tales fenómenos desmoralizan a muchos ciudadanos sensibles e inducen en ellos un sentimiento de **decadencia moral**, que mina su esperanza.

d) *El oscurecimiento del sentido de la vida*

«Nunca el ser humano ha sabido tanto de sus orígenes y tan poco de su destino», decía ya Hegel. Muchos pensadores perspicaces encuentran nuestro mundo occidental muy rico en medios y muy pobre en fines. El clima espiritual de nuestro tiempo, reflejado por los pensadores postmodernos, adolece de un notable debilitamiento del sentido de la vida humana. Por supuesto, subsisten los sentidos parciales, que motivan vigorosamente la vida de muchas personas. Sacar adelante una familia, abrirse camino en la profesión, vivir holgada y prósperamente, gozar intensamente de los placeres de la vida, servir y ayudar a las personas indigentes, son sentidos reales en la existencia de muchas personas. Pero son parciales. Al tiempo que muchos parecen no necesitar de un sentido más unitario y más profundo para «funcionar», no son pocos los que se preguntan: «¿Esto es todo lo que da la vida y lo que puedo hacer en ella?» Doloridamente conscientes de la perspectiva de una muerte que aparece como el final de todo, tienden a pensar y sentir que, en el mejor de los casos, vamos en esta vida «de victoria en victoria hasta la derrota final». Todo parece indicar que la insatisfacción subyacente en estas personas va a tener en un futuro próximo una amplitud creciente. Pero no nos forjemos ilusiones excesivas, al menos para este futuro próximo. Son muchos los analistas de aquí y de fuera que consideran al *nihilismo* como uno de los caracteres mayores de nuestro tiempo. Así, por ejemplo, G. Amengual. «*Nada vale de verdad porque nada tiene sentido. ¿Por qué empeñarse en cambiar la realidad?*»

Cuando el futuro se nubla, el sentido de la vida se debilita. Y con él, desfallece la esperanza.

e) *Incertidumbres y zozobras en nuestro pueblo*

Los temores existenciales y las preocupaciones sociales antedichas nos son comunes con otras comunidades europeas. Pero tenemos también problemas específicos que golpean nuestra esperanza. Uno de ellos es el grave y persistente problema de la paz, tantas veces aludido, descrito y moralmente valorado por el magisterio episcopal de este país. No es mi propósito repetir aquí innecesariamente su tratamiento. Pero es preciso anotar que en nuestros días hemos sufrido una regresión deplorable y preocupante, que nos remite a un crudo pasado que muchos creían cancelado. El lamentable fracaso de las expectativas de paz, el retorno abominable de ETA a su actividad terrorista, el recrudecimiento de la «kale borroka», el endurecimiento de las posiciones políticas y de las reacciones institucionales, han supuesto un rudo golpe a las esperanzas de la gran mayoría de los ciudadanos. Queremos confiar en que este retroceso de la causa de la paz sea transitorio. Pero al día de la fecha, nada nos asegura que habrá de ser así. En cualquier caso, una nueva decepción y un renovado temor a una confrontación inhumana han congelado la ilusión de la ciudadanía y debilitado su esperanza de paz.

3. Los azares de la esperanza eclesial

Tampoco en nuestra comunidad cristiana corren vientos saludables de esperanza. A pesar de nuestros esfuerzos por renovarla acercándola más a Jesucristo, son muchos los creyentes que la ven languidecer y decaer. La práctica religiosa decrece bastante aceleradamente. La juventud, en su gran mayoría, se muestra poco sensible a la fe y casi alérgica o indiferente a la Iglesia. La doctrina eclesial es no solo discutida, sino

rechazada por mentalmente dogmática y moralmente rígida. El crédito moral de la palabra de los pastores ha descendido drásticamente. No faltan entre nosotros quienes encuentran a la jerarquía eclesial autoritaria y celosa de parcelas de poder. Bastantes consideran a la comunidad cristiana en su conjunto evangélicamente tibia, socialmente conformista, débilmente cohesionada dentro de sí misma y un tanto «perdida» en el mundo actual.

Esta imagen sombría y exagerada olvida, desde luego, rasgos importantes del rostro de una Iglesia que insufla ética y esperanza en grandes núcleos de creyentes e increyentes; está cada día más cerca de los sufrientes, excluidos e inmigrantes; cultiva una sensibilidad creciente hacia los pueblos del Sur; mantiene una abnegada y admirable presencia misionera en muchos lugares de la tierra; es generadora de humanismo en una sociedad que tiende a confundir desarrollo económico con progreso humano; y sigue siendo propuesta de sentido al ofrecer al Dios de Jesús como Futuro Absoluto del ser humano más acá y más allá de la muerte.

Con todo, la situación de nuestra Iglesia y la imagen que de ella destila nuestra sociedad, cuestionan la esperanza real de muchos creyentes sinceros y provocan en ellos todo un racimo de preguntas que anidan quizá implícitamente en ellos y que nosotros hemos de tener el coraje de formular. ¿Mantendrá nuestra Iglesia su capacidad de interpelar a la comunidad humana o se irá convirtiendo paso a paso en un grupo social poco relevante y apenas escuchado por una sociedad cada vez más poderosa? ¿Tiene esta Iglesia vigor para renovarse y engendrar nuevas formas de vida cristiana o es un árbol caduco que ha ofrecido ya al mundo cuanto tenía que ofrecerle? ¿No corre el riesgo de quedarse al margen del mundo por exceso de rigidez o de condescendencia débil y acomplejada? ¿No es, en su conjunto, mediocre, poco «diferente» del común de la sociedad? ¿No se volverá incluso cuantitativamente insignificante cuando las actuales generaciones de edad adulta y avanzada hayan completado su ciclo vital? ¿Qué deriva tomará nuestro mundo si una Iglesia debilitada deja de insuflarle el humanismo del Evangelio?

Estas preguntas son lacerantes, aunque unilaterales. Pero no son imaginarias ni inocuas. «Tocan» la esperanza de muchos.

4. Y, sin embargo, ...

Ni los tiempos de optimismo (como la década de los 60) ni los de pesimismo compartido (como los actuales) son los mejores para la esperanza cristiana. En los primeros, el hombre y la mujer se sienten ingenuamente capaces de «salvarse a sí mismos». En los segundos se deprimen en exceso y llegan a preguntarse: «¿Hay salvación posible?» Con todo, unos y otros ofrecen una brecha hacia la esperanza. Los tiempos de pesimismo permiten abrir una brecha no menor; tal vez mayor.

Porque hay brecha, hay hueco. El ser humano no puede renunciar a la esperanza sin dejar de ser humano. Dios no puede abandonar la historia y contemplar apáticamente su deriva. Si existen signos que provocan desesperanza e incluso desesperación, no faltan otros signos que estimulan nuestra esperanza.

II. PERFIL HUMANO DE LA ESPERANZA

1. El ser humano necesita esperar

«*El hombre es un animal que espera*» (P. Laín Entralgo). Porque está vitalmente orientado al futuro, necesita ocuparse de él, vislumbrarlo, prepararlo, «amarrarlo» de alguna manera, incluso defenderse ante él. Esperar es, para los hombres y mujeres de todos los tiempos, tan necesario y tan saludable como respirar. «*Vivir es esperar*», dice uno de nuestros teólogos. «*Somos esperanza*» (P.-L. Landsberg). La esperanza es una planta que no puede faltar en el huerto del corazón humano. «*El animal puede seguir caminando a oscuras hacia el muro infranqueable o hacia el abismo. El hombre se resiste a caminar si no presiente una puerta abierta hacia el futuro*» (P. Teilhard de Chardin). Cuando muere la esperanza, «muere» el ser humano. Está vegetativamente vivo, pero está «muerto». Le sucede algo análogo a lo que acontece a los abetos a los que las heladas persistentes les han quemado su «guía», su punta de crecimiento. Camus en «El mito de Sísifo», tras evocar la fatalidad de aquel hombre castigado por los dioses a subir hasta la cima un enorme pedrusco destinado inexorablemente a rodar monte abajo una y otra vez, concluye: «*Los dioses sabían muy bien que no hay nada más duro para el hombre que trabajar y vivir sin esperanza*».

2. La fragilidad de la esperanza

La planta de la esperanza es necesaria y preciosa, pero frágil. Todos conocemos a muchas personas desengañadas, ancladas en alguna fase de su pasado, al que idealizan y miran nostálgicamente como la mujer de Lot. Son personas que tienen «*más memoria que esperanza*» (Aristóteles). Hay otras personas que viven absorbidas por las ansiedades y urgencias del presente. Tienden a absolutizar y dramatizar el presente, sin suficiente recuerdo del pasado ni mirada hacia el futuro. Existen también muchos seres humanos que no miran el futuro porque le tienen miedo. La manera compulsiva en la que muchos jóvenes se confinan en las emociones fuertes del presente (sexo desmedido, toxicomanías, noches de «botellón»), ¿no delatan, al menos en parte, un miedo a mirar el futuro?

La esperanza está *enferma* en aquellos que se atascan en el pasado, viven confinados en el presente o amedrentados ante el futuro. Pero es *frágil* en todos los humanos. Dos grandes experiencias incuestionables e inevitables son las principales responsables de esta fragilidad. La primera es la experiencia cotidiana de la muerte. Si, como muchos creen, todo se aniquila en la muerte, ¿cabe una esperanza sólida, consistente, digna de tal nombre? La segunda es la experiencia del espesor y la contumacia del mal en el mundo, especialmente en la carne de los inocentes. ¿No es este mal más vigoroso que el bien? Y, si es así, ¿cómo mantener nuestra esperanza? ¿No será ésta una proyección de nuestros deseos, una compensación imaginaria de nuestras frustraciones, una evasión de la dura realidad? (L. Feuerbach y S. Freud). «*El mal sigue siendo la presencia terrible que amenaza con denunciar como mero idealismo el futuro que promete la esperanza*» (A. Torres Queiruga).

Sin embargo, «la pequeña hermana esperanza», no se deja doblegar en el corazón humano. G. Marcel, que vivió la experiencia de los campos nazis de concentración, verdaderos cementerios de la esperanza, dejó escrito este pensamiento: «*La esperanza*

es el acto por el cual vencemos activamente la desesperación». Es preciso escoger entre el nihilismo y la esperanza.

3. Los dos componentes de la esperanza: deseo y confianza

Muchos analistas se han dedicado a desentrañar la estructura y los caracteres de la esperanza. Antes que ellos, la vieja teología atinaba cuando definía a la esperanza como «*desiderium fiduciale*», un deseo impregnado de confianza. El primer componente de toda auténtica esperanza, es *el deseo* de algún bien aún no poseído, el deseo de un futuro mejor. El que espera, desea aquello que espera. El segundo componente es *la confianza*. La esperanza no es un deseo desesperado, sino confiado. El que espera, da un voto de confianza a las personas (pueden responder mejor), a la sociedad (puede ser más justa y humana), a la realidad (puede ser más de lo que es), a sí mismo (puedo superarme).

Estos dos componentes de la esperanza llevan en sí mismos los gérmenes de su propia patología. Cuando el deseo se cree capaz de todo, degenera en presunción. Cuando la confianza azotada por las dificultades se retrae, se convierte en desesperación. «La sima entre lo que somos y lo que aspiramos a ser se llena con la esperanza».

4. Una esperanza abierta

Un análisis más fino de este deseo confiado que habita el corazón del hombre descubre en él una cualidad realmente decisiva: es insaciable y perpetuamente insatisfecho. Cuando logramos una meta esperada, al poco surge espontáneamente en nosotros una inquietud por una meta más elevada. En realidad, *el corazón humano es un ser limitado con un ansia ilimitada*. Anhela una plenitud y una dicha total y definitiva. El psicoanálisis ha intuido esta condición y la ha formulado en su lenguaje: «La pulsión humana no tiene objeto adecuado», es decir, a su medida. Este ansia de plenitud, ¿es una ilusión? ¿Es un truco de la vida para mantener al ser humano en tensión de superación? ¿Es el sino de un ser humano que, al traspasar la cuadrícula del instinto animal en el que deseo y objeto están armonizados, se ha vuelto un ser insatisfecho, un «*animal no fijado*» (F. Nietzsche), «*un animal enfermo*»? (N. Brown).

O, más bien, esta desproporción entre su ser limitado y su aspiración ilimitada, este «desajuste», ¿no será signo de una llamada de Dios, portadora de una promesa de plenitud? ¿No habrá quedado inscrita en el corazón humano esta llamada de Dios, modelando y ensanchando su deseo mucho más allá de su capacidad? La esperanza puramente humana se detiene en el umbral de esta pregunta.

III. PERFIL CRISTIANO DE LA ESPERANZA

La fe cristiana ofrece su respuesta a estos interrogantes abiertos por la esperanza humana. Veámoslo con algún detenimiento mediante una secuencia de afirmaciones escalonadas.

1. Dios nos ha prometido un futuro de plenitud

La ilusión de plenitud que subyace en el corazón humano no es, para el creyente, una quimera. El hombre no es «*una pasión inútil*», como creará J.-P. Sartre. Dios tiene un proyecto de plenitud para el ser humano. La estructura del ser humano como ser limitado de ansias infinitas, es el reflejo objetivo del proyecto de Dios sobre los hombres y mujeres del mundo. Dios nos ha revelado este proyecto y nos ha prometido esta plenitud.

Las expresiones e imágenes bíblicas tienen un gran contenido evocador: «*Estaremos siempre con el Señor*» (1 Ts 4, 17); participaremos «*en la gloriosa libertad de los hijos de Dios*» (Rm 8, 21). «*Nada podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Jesús, nuestro Señor*» (Rm 8, 39). Entraremos «*en el gozo (la fiesta) del Señor*» (Mt 25, 21). Tendremos un puesto «*en la casa del Padre*» (cfr. Jn 14, 1-4). El que cree en Jesús «*vivirá para siempre*» (Jn 6, 47).

Los textos bíblicos evocados retratan esta plenitud como felicidad. Empalman en este punto con el pensamiento de Aristóteles, que cifra la meta de la vida humana en la «*eudaimonia*». Es el estado en el que, sin contradicciones, se actualizan todas nuestras potencias, se manifiestan todas las latencias, se cumplen todos los auténticos deseos y aspiraciones individuales y colectivos que habitan el corazón humano.

A la luz de estos textos (y otros muchos del Nuevo Testamento), esta plenitud dichosa será realidad más allá de la historia cuando, grano a grano, generación tras generación, Dios irá recogiendo en su seno paternal y maternal a todos sus hijos e hijas dispersos a lo largo de los siglos y a lo ancho de la tierra.

Dos características distinguen esta esperanza de otras utopías forjadas por el ingenio y el esfuerzo humano. La primera consiste en que la plenitud prometida será realidad para todas las generaciones. En este punto se distancia nuestra esperanza de las utopías que profesan «el progreso indefinido» o «el futuro paraíso en la tierra». La plenitud ofrecida por la fe cristiana abarca a todas las generaciones de la Historia. La segunda característica estriba en que las utopías humanas conciben esta plenitud como fruto de la capacidad y del empeño del hombre, mientras nuestra fe la contempla como un don de Dios que reclama nuestro reconocimiento y nuestra colaboración.

2. La esperanza, deseo ardiente del Dios vivo

Para que una plenitud sea humana, ha de consistir en el encuentro de nuestra persona con otra Persona. El ser humano no se satisface plenamente en su relación con las cosas. El más poderoso magnate del mundo se siente desgraciado si no es correspondido por la mujer a quien ama. La plenitud a la que Dios nos destina es el encuentro personal con Dios. Él es el Futuro del hombre.

Esta estructura de nuestro ser se refleja en nuestro deseo de Dios. Tal deseo late, a veces muy soterrado y disfrazado, en cualquiera de nuestros deseos.

Recojamos de la Escritura solamente algunos botones de muestra. En muchos de los salmos, que alimentaron la oración de Israel, transparece un deseo vivo de Dios. Uno de

ellos es el Salmo 16 [15] en su integridad. El levita que es su autor exclama: «*Tú eres, Señor, mi copa y el lote de mi heredad; mi destino está en tus manos. Me ha tocado un lote delicioso, ¡qué hermosa es mi heredad!*» (vv. 5-6). A las demás tribus les ha tocado un lote de tierra; a él le ha tocado el Señor! El Salmo 34 [33] encierra un versículo bellísimo (v. 9), que ha conmovido a muchos buscadores de Dios: «*Gustad y ved qué bueno es el Señor; dichoso quien se acoge a Él*». El Salmo 63 [62] entero se mueve en la órbita de este mismo deseo: «*Oh Dios, tú eres mi Dios, desde el alba te deseo, por ti desfallezco, como tierra reseca, agostada, sin agua*» (v. 2).

Estos salmos están escritos y fueron rezados cuando todavía la Revelación progresiva de Dios no había abierto para Israel la perspectiva de la vida eterna. En cambio, para muchos exegetas, el Salmo 73 [72] encierra ya la intuición de un futuro junto a Dios más allá de la muerte. El salmista, torturado y amargado al preguntarse por qué el malvado prospera y el justo sufre y al plantearse si merecía la pena mantenerse en la inocencia y la fidelidad, ha «*entrado en el misterio de Dios*» (v. 17) y desde esta comprensión considera que, al hacerse tales preguntas, ha sido «*un necio y un animal*» (v. 22) ante Él. Ahora lo sabe: «*yo estaré siempre contigo. Para mí la felicidad es estar junto a Dios, mi lote perpetuo*» (cfr. vv. 23-28).

El deseo de Dios, avivado por la perspectiva de la vida eterna junto a Dios, se vuelve en el Nuevo Testamento más apremiante. Algunos textos paulinos recogen con especial vigor este apremio.

Rm 8, 18-30 contiene esta confesión: «*nosotros, los que poseemos las primicias del Espíritu, gemimos en nuestro interior, suspirando por que Dios nos haga sus hijos y libere nuestro cuerpo*» (v. 23).

En 2 Co 5, 1-10, Pablo muestra claramente la querencia de su corazón creyente: «*preferimos dejar el cuerpo para ir a habitar junto al Señor*» (v. 8).

Flp 1, 21-26 se plantea este dilema: «*deseo la muerte para estar con Cristo, que es, con mucho, lo mejor; por otra (me siento forzado) a seguir viviendo en este mundo (porque) es más necesario para vosotros*» (vv. 23-24).

Este deseo de Dios, componente esencial de la esperanza, recorre toda la historia de la espiritualidad cristiana. Los místicos son sus testigos más apasionados. Resulta tentador recoger a lo largo de la historia de la Iglesia los testimonios más señalados. Constituyen algunas de las páginas más bellas del cristianismo. Hemos de contentarnos con evocar un único fragmento, escrito por un gran obispo y un gran místico, camino del martirio, en el año 107: Ignacio de Antioquia: «*Mi amor está crucificado y ya no queda en mí el fuego de los deseos terrenos. Únicamente siento en mi interior la voz de un agua viva que me habla y me dice: 'Ven al Padre'... Lo que deseo es el pan de Dios que es la carne de Cristo*». Hoy, lamentablemente, este deseo parece bastante amortiguado en la Iglesia. «*Buscar verdaderamente a Dios*», como pedía San Benito a todo aquel que se acercaba a la vida monástica, es una pasión poco compartida. Esperar a Dios «*como el centinela la aurora*» (Salmo 130 [129], 6) resulta poco atractivo para muchos. La vida eterna junto a Dios seduce escasamente a los cristianos incluso piadosos, quienes la conciben frecuentemente como algo mitad real, mitad imaginario. El coraje profético ha tenido entre nosotros mejor prensa que el aliento místico. Sin embargo, la profecía sin

mística se convierte muchas veces, a la larga, en decepción escéptica o en ideología rigurosa e incluso opresiva.

Nada sosiega tanto como la búsqueda encendida de Dios, la Palabra que hace arder el corazón, la «visita» que, al menos en algunos momentos, Él hace a quienes le buscan sin desfallecer. Esa visita, ese instante, vale más que todo el mundo. Quien la ha vivido sabe que lo que digo es verdad.

Algunos signos parecen indicar un revivir de este deseo de Dios en nuestros días: por ejemplo, los grupos de oración se multiplican admirablemente en nuestra diócesis. La experiencia de la fe es valorada y requerida por bastantes. Los buscadores de Dios florecen discretamente en los caminos del mundo. Los monasterios y casas de espiritualidad son frecuentados con asiduidad. Avivar y cultivar este deseo es uno de los quehaceres más nobles y más necesarios para nuestra Iglesia.

3. La confianza incondicional en Dios

Hay deseos que son espejismos, como el que sufre en el desierto el viajero sediento que «ve» un oasis. En «*La quimera del oro*», Charles Chaplin inmortalizó este espejismo en la escena en la que, acosado por el hambre, pone sobre la mesa una de sus botas destrozadas y acaricia con sus labios los clavos de su viejo calzado como si fueran los huesos revestidos de la carne de un ave exquisitamente cocinada.

La esperanza no es así. Es un deseo **confiado**. Resulta hoy difícil esta confianza. Es difícil esperar, pero es necesario. ¿A quién haremos caso: a la dificultad o a la necesidad? Para una mirada sin fe, tal vez resulte igualmente razonable y arriesgado confiar o no confiar. Para una mirada creyente, la salida es esperar confiados en la **fidelidad de Dios**, que es una de las cualidades de su amor. Dios es Amor Fiel. Esta fidelidad es la garantía divina de nuestra confianza y, por tanto, de nuestra esperanza.

La fidelidad de Dios está ya reiterada e intensamente afirmada en el Antiguo Testamento. El retrato que en el Antiguo Testamento Dios nos hace de sí mismo, tiene dos componentes esenciales: la misericordia y la fidelidad. La imagen preferida por la Biblia para evocar la fidelidad, es la Roca. Dios es inmutable en su fidelidad. «*Él es la Roca... es un Dios fiel*» (Dt 32, 4). «*Yo te amo, Yahvé, mi fortaleza, mi salvador, mi roca, mi baluarte, mi liberador, mi Dios*» (Salmo 18 [17]). El exegeta P. Beauchamp nos dice: «*El leitmotiv de la oración de los salmos es 'batah': fiarse de Dios*».

Pero la fidelidad de Dios se revela sobre todo en Jesucristo. A través de esta revelación, Dios no es puramente «el que cumplirá», sino «el que ya ha cumplido» en la vida, en la conducta, en la palabra, en la Muerte, en la Resurrección de Cristo y acabará su cumplimiento. Nuestra esperanza se funda, pues, en la memoria de la fidelidad de Dios atestiguada insuperable e irrevocablemente en el Acontecimiento Pascual. Las palabras de San Agustín se muestran aquí certeras: «*Ex memoria, spes*» (de la memoria brota la esperanza). Veamos algunos textos del Nuevo Testamento:

2 Co 1, 19-20: «*En el Hijo de Dios a quien os anunciamos... todo ha sido un 'sí', pues Dios ha cumplido en Él todas sus promesas. Por eso nosotros decimos 'Amén' (sí) a Dios por medio de Él*».

Rm 8, 31-39: «Si Dios está por nosotros, ¿quién estará contra nosotros? El que no perdonó a su Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará todo gratuitamente con él?» (v. 32).

2 Tm 1, 6-14: «Esta es la razón de mis sufrimientos; pero yo no me avergüenzo, pues sé en quién he puesto mi confianza y estoy persuadido de que tiene el poder para asegurar hasta el último día el encargo que me dio» (v. 12).

2 Tm 2, 13: «Si somos infieles (a Jesucristo), Él permanece fiel, porque no puede negarse a sí mismo».

Hb 4, 15-16: «No es Él un sumo sacerdote incapaz de compadecerse de nuestras flaquezas... Acerquémonos, pues, con confianza al trono de la gracia, a fin de alcanzar misericordia y socorro oportuno».

Porque Cristo murió y resucitó, por las venas de la historia corre la savia vital del Resucitado. Hay en toda persona, en todo grupo, en todo proyecto verdaderamente humano un brote, una llama de la vida del Resucitado. Nada ni nadie podrá aniquilarlos ni apagarlos del todo. Es preciso recordar esta verdad de nuestra fe en situaciones de pesimismo personal o colectivo.

Por la muerte y resurrección del Señor, la verdad, en su debilidad, es más fuerte que la mentira; la libertad, en su fragilidad, es más vigorosa que la esclavitud; el amor, más duradero que el odio; la alegría, más persistente que la tristeza; la vida, más consistente que la muerte; la gracia, más poderosa que el pecado. ¿Creemos esto?

4. Esperanza, deseo confiado del Reino de Dios

La singularísima experiencia de Dios como Padre y su pasión por el Reino de Dios, traspasan medularmente la vida de Jesús. Para Él, el Reino de Dios es el don por excelencia, que se recibe como tal y por el cual merece la pena sacrificarlo todo (Mt 13, 44-45). No se compra con nuestros méritos (Mt 20, 1-16). Solo cabe, pues, esperarlo de Dios.

La misma oración de Jesús, expresión de su esperanza, está muy vinculada al Reino de Dios. «Sería un error reducir esta oración solo al deseo de una intimidad silenciosa con el Padre. Atañe a la misión de Jesús», es decir, a la instauración del Reino de Dios (X. Léon-Dufour). Lucas sitúa esta oración en torno a la misión: al Bautismo de Jesús (3, 21), a la elección de los apóstoles (6, 12) e inmediatamente antes de enseñar el Padrenuestro a los suyos (11, 1). No es, pues, extraño, sino connatural, que en esta oración por excelencia para todo cristiano, Jesús incluya la petición: «Venga tu Reino» (Mt 6, 10).

Como Jesús, guiados por la esperanza, deseamos el Reino de Dios y confiamos en que, entre dificultades y resistencias, se vaya gestando en el mundo. La Iglesia es, por vocación, servidora y señal del Reino de Dios. Pero el Reino desborda a la Iglesia. Sus semillas se hacen presentes en la sociedad en forma de paz, de ecología, de promoción de la mujer, de desarrollo del Tercer Mundo, de muchas organizaciones culturales y de

ocio, de innumerables ONGs. En el mundo hay también Reino (y en la Iglesia hay también mundo). Más aún: un sano amor de pareja, un proyecto profesional honesto, una meta política noble, un logro social saludable para los pobres, un buen plan de sanidad para todos, son aspectos parciales del Reino de Dios y pasos intermedios de la esperanza cristiana. No son simplemente «esperanzas humanas» frente a la «esperanza cristiana». La esperanza cristiana asume, purifica y plenifica las esperanzas humanas. «La esperanza escatológica no merma la importancia de las tareas temporales, sino que más bien proporciona nuevos motivos para su ejercicio» (*Gaudium et spes*, n. 29). La esperanza dinamiza la utopía humana.

El Reino de Dios «*padece violencia*» (Mt 11, 12). Hay un combate inacabable entre los valores del Reino de Dios y los contravalores imperantes: acumular, dominar, trepar, zancadillear, enzarzar, herir, cobrar factura, «pasar». La esperanza en el Reino de Dios nos conduce no solo a desear la emergencia y el despliegue de los valores del Reino de Dios y a confiar en su energía, sino a decidirse y optar por promoverlos y cultivarlos.

5. La esperanza es deseo confiado respecto de la Iglesia (cfr. Jn 17)

En rigor, solo en Dios hemos de poner nuestra entera y absoluta esperanza. Pero también la Iglesia es objeto de nuestra esperanza, es decir, de nuestro deseo confiado. Deseamos verla purificarse, convertirse, hacerse más evangélica y evangelizadora. Confiar en ella en muchos de sus niveles y realizaciones se nos hace hoy difícil. La esperanza nos pide que la miremos, no con una mirada idealista que confunda lo que la Iglesia es en su realidad histórica con lo que Dios quiere y le pide que sea. Nuestra mirada debe ser siempre realista. Tal mirada nos conduce a reconocer sus limitaciones, sus tentaciones, sus mediocridades, sus insensibilidades, sus pecados, junto con sus aspectos luminosos, con el realismo *de la fe*. Este realismo nos ayuda a entender que la Iglesia es más que lo que de ella nos dice la experiencia, la historia, los análisis sociológicos. La Iglesia cuenta con un Evangelio, palabra viva y eficaz, que no le deja descansar. Bajo el suelo, en parte reseco, de la Iglesia, subyace un inagotable subsuelo: el Espíritu Santo. Aquí reside la fuente de tantas reacciones renovadoras a lo largo de su historia.

Una mirada lanzada desde el realismo de la fe, queda enriquecida, pues, en extensión y en profundidad. En extensión, porque en cierta medida real, percibe en la Iglesia realidades evangélicas admirables. En profundidad, porque descubre esa «tercera dimensión» de la Iglesia, inasequible a una mirada sin fe, pero *real*, tan real para los creyentes como las dimensiones «horizontales».

El realismo de la fe nos libera de una mirada *depresiva* respecto de nuestra comunidad eclesial. El depresivo se caracteriza, entre otros factores, por hallarse fijado y atrapado en la consideración y contemplación de los signos negativos de la realidad y por ser ciego ante los signos positivos. Tales signos no son el *motivo* de nuestra esperanza, pero sí son los *estímulos* que la activan.

La Carta Pastoral de los Obispos de Euskal Herría: «*Seguir a Jesucristo en esta Iglesia*», nos parece hoy todavía más actual que cuando fue escrita.

6. La esperanza y el crecimiento humano

La oración apostólica de Pablo ha sido analizada con hondura por el gran exegeta que fue St. Lyonnet. Una de sus características es el ardiente deseo y la viva confianza que, entre cuidados y temores, ilusiones y decepciones, Pablo siente respecto del crecimiento personal y comunitario de cada uno de los grupos de cristianos que ha ido suscitando en su andadura apostólica. El deseo y el gozo son los componentes fundamentales de esta oración apostólica. El deseo está estimulado por lo que todavía no está iniciado o consolidado. El gozo, por los frutos de su trabajo que encuentra en las comunidades. El deseo se expresa en petición al Señor; el gozo, en acción de gracias.

1 Ts 3, 9-13: *«¿Cómo podremos agradecer a Dios suficientemente esta alegría desbordante con la que, gracias a vosotros, nos regocijamos delante de nuestro Dios? Noche y día rogamos a Dios con insistencia que nos conceda veros personalmente para completar lo que aún falta a vuestra fe... Que el Señor os haga crecer y sobreabundar en un amor de unos hacia otros y hacia todos... Que cuando Jesús, nuestro Señor, se manifieste... os encuentre interiormente fuertes e irreprochables, como consagrados delante de Dios».*

1 Co 1, 4-9: *«Doy gracias a Dios continuamente por vosotros, pues os ha concedido su gracia. En Cristo Jesús habéis sido enriquecidos sobremanera... Él también os mantendrá firmes hasta el fin... Fiel es Dios, que os ha llamado a vivir en unión con su Hijo Jesucristo, nuestro Señor».*

Flp 1, 3-11: *«Siempre que me acuerdo de vosotros doy gracias a mi Dios. Cuando ruego por vosotros lo hago siempre con alegría... Estoy seguro de que Dios, que ha comenzado en vosotros una obra tan buena, la llevará a feliz término para el día en que Cristo Jesús se manifieste... Y le pido que vuestro amor crezca más y más en conocimiento y en sensibilidad para todo».*

Flm, vv. 4-6: *«Te recuerdo siempre en mis oraciones y doy gracias a mi Dios, al tener noticias del amor y de la fe que profesas a Jesús, el Señor, y a todos los creyentes. ¡Ojalá esa tu fe, que nos es común, se vuelva activa y llegues a conocer todo el bien que podemos realizar por Cristo!»*

En Pablo y en todo auténtico apóstol, esta esperanza nace de la convicción de que «todo está llamado a ser más en el Señor». Todos los humanos tienen vocación a la verdad, a la libertad, al amor. Es cierto que esta vocación está enredada y bloqueada en muchos; pero es posible liberarla como podemos observarlo con frecuencia. El toxicómano regenerado, que estrena «nueva piel» y comienza a ser lo que es, constituye un caso emblemático. Para mí es una imagen muy expresiva del «hombre nuevo» y un fruto muy bello de la Resurrección del Señor.

Es preciso cultivar esta vocación bloqueada y soterrada en tantos seres humanos, depositando nuestra confianza en ellos. *«Muchos no son buenos porque nadie ha confiado suficientemente en ellos»* (Pío XII). *«Desconfiar del hombre es una herejía casi tan peligrosa como desconfiar del mismo Dios»* (Carlos Santamaría). Quien menosprecia una obra de arte, menosprecia a su Autor. Quien no valora al hombre y a la mujer concretos, por muy envilecidos que estén, menosprecia la obra maestra de Dios.

El Vaticano II nos dice que el hombre «*es capaz de lo mejor y de lo peor*» (*Gaudium et spes*, n. 9). También, por tanto, de lo mejor.

Nos es obligado revisar la confianza *real* que ponemos en personas y grupos *reales*. Este repaso puede resultarnos medicinal.

Tal deseo confiado no puede menos de ser *moderado*, tanto cuando confiamos en los demás como en nosotros mismos. Pero la genuina tendencia cristiana, apostólica, pedagógica tiende a confiar antes y más allá de los signos de fiabilidad que los demás nos ofrezcan. El cálculo «mercantil» que dosifica su confianza hasta comprobar signos positivos inequívocos ni es cristiano ni es pedagógico.

Algo análogo ha de suceder en nuestra relación con nosotros mismos. Algunos pecamos de autosuficiencia; otros de inseguridad y déficit de autoestima. La esperanza nos induce a confiar moderadamente en nosotros mismos. No hubiéramos logrado muchas cosas en nuestra vida si no nos hubiéramos lanzado por encima de nuestros miedos.

Esta confianza en los demás y en sí mismo tiene, para el creyente, su fundamento básico en nuestra confianza en Dios. Confío en mí porque soy hijo de Dios, obra de su amor y Dios «no hace chapuzas». Confío porque Cristo no ha muerto y resucitado en vano por mí. Porque el Espíritu Santo es «generador de vida» nueva también en mí. Esto no significa que no existan barreras infranqueables que no se abatirán. Pero sí amplía el espacio de lo posible. La esperanza ensancha este espacio y crea así libertad donde reinaba el automatismo y amor donde campaba la indiferencia.

IV. FRUTOS Y REFLEJOS DE LA ESPERANZA CRISTIANA

La esperanza hace surgir en nosotros una constelación de actitudes emparentadas con ella. Son su fruto y su reflejo práctico. Están expresamente recogidas en la Escritura.

1. La alegría

Pablo emparenta espontáneamente la alegría y la esperanza. Rm 12, 12: «*Vivid **alegres** en la **esperanza**, pacientes en la tribulación, perseverantes en la oración*». Flp 4, 4-7: «*Estad siempre alegres en el Señor; os lo repito, estad alegres. Que todo el mundo os conozca por vuestra bondad. El Señor está cerca. Que nada os angustie; al contrario, en cualquier situación, presentad vuestros deseos a Dios, orando, suplicando y dando gracias. Y la paz de Dios, que supera cualquier razonamiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos por medio de Cristo Jesús*». Rom 15, 13: «*Que Dios, de quien procede la **esperanza**, llene de **alegría** y de paz vuestra fe y que el Espíritu Santo, con su fuerza, os colme de esperanza*».

No es arbitraria esta vinculación que establece la Escritura entre alegría y esperanza. En efecto, lo contrario de la alegría no es el sufrimiento, sino la tristeza. Analizar cuáles son los factores que nos producen la tristeza nos ofrece la clave para descubrir cuál es el

auténtico manantial de la alegría. Este descubrimiento nos revela que dicho manantial es la virtud de la esperanza.

Los tres grandes factores que roban nuestra alegría son la falta de *sentido*, la falta de *amor* y la falta de los *medios necesarios*. El mensaje de la esperanza, asimilado por el creyente, nos asegura que nuestra vida tiene sentido. Tarde o temprano, sobre todo cuando las circunstancias frustran nuestros ideales u objetivos, surge, al menos en las personas sensibles y despiertas, la pregunta por el sentido de nuestras búsquedas y esfuerzos. La persona que no se abre al mensaje de la esperanza nacida de la fe, se encuentra entonces desarbolada y desorientada. La esperanza brinda al creyente motivos para seguir en la brecha, porque le señala que incluso los fracasos no son pura y simplemente fracasos, sino que están inscritos en un sentido global.

La falta de *amor* es otro de los motivos que nos roban la alegría. «*Amar y ser amado es el mejor remedio para todas las neurosis*», decía el fundador del psicoanálisis. El hombre más afortunado del mundo se siente infeliz, si no ama y no es correspondido. La esperanza vivida nos garantiza el amor de Dios, cercano, personal, perpetuo y nos prepara para amar no sólo el proyecto de Dios, sino las personas involucradas en el proyecto.

Pero, ¿qué objetivos y metas caben en aquellos que viven privados de los *medios* de subsistencia más elementales? ¿Cabe esperanza en el seno de la miseria? Subsistir se convierte en su meta. El mensaje de la esperanza nos transmite que es posible una sociedad más justa y solidaria, una iglesia más servicial y comprometida. Nos enseña que la historia no se le ha ido de las manos a Dios, Señor de la historia. El anuncio de la esperanza acompañado del compromiso en que ella toma cuerpo, es capaz de poner en pie a muchos desheredados y de suscitar en ellos la espera activa de un futuro mejor, al tiempo que les ofrece y garantiza el Futuro Absoluto de Dios en una vida en la que desaparecerá la injusticia, el desamor, el sufrimiento.

La alegría que nace de la esperanza no coincide necesariamente con la jovialidad de algunos temperamentos ni con el optimismo psicológico de otros. Es otra cosa. Consiste en sentirnos básicamente bien en nuestra propia piel; en una predisposición a descubrir los aspectos positivos de la realidad; en mantener habitualmente el tono vital alto, incluso en la contrariedad; en ser inasequibles al desaliento sostenido; en ser capaces de infundir ganas de vivir con nuestra palabra, nuestro gesto, nuestra reacción activa ante los acontecimientos. Alegría y tristeza no se excluyen mutuamente en el corazón humano. Pero en el cristiano impregnado de esperanza la alegría es el paisaje predominante.

Vivir y transmitir alegría es una de nuestras tareas más bellas. Un himno de la Hora intermedia de la liturgia nos lo recuerda bellamente: «*ofrecer lo que llevo: gozo y misericordia*». Es un buen lema para nuestro diario vivir.

2. La inquietud

La inquietud (la *vigilancia* en términos bíblicos) es uno de los nombres de la esperanza en el Nuevo Testamento. A Dios se le espera en estado de vigilancia. La parábola del criado fiel que espera vigilante, «*haciendo lo que debe*», en la noche el momento en que

su señor toque a la puerta (Mt 24, 45-51), es un retrato en positivo. En cambio, la parábola de las jóvenes descuidadas (Mt 25, 1-13) que «*se duermen*» sin cuidar el aceite de su lámpara, es el retrato en negativo. Las palabras de Jesús: «*Velad porque no sabéis qué día llegará vuestro Señor*» (Mt 24, 42), son todo un aviso. Jesús lo repetirá casi con las mismas palabras a los suyos en el Huerto de los Olivos: «*Orad, para que podáis hacer frente a la prueba*» (Lc 22, 40-46). Pablo no dejará escapar la ocasión para dirigirnos la misma exhortación. Rm 13, 11-14: «*Ya es hora de despertaros del sueño, pues nuestra salvación está ahora más cerca que cuando empezamos a creer*».

Estos textos están escritos en la perspectiva del final próximo de la historia. En esa creencia vivieron las primeras generaciones cristianas, hasta que comprendieron, con el paso del tiempo, que el Señor Jesús, que vendrá al final de los tiempos, está viniendo a nosotros cada día, en su Palabra, en su Eucaristía, en sus pobres, en el Año Litúrgico, en los acontecimientos del mundo y de nuestra vida, en el trance de nuestra muerte. Ahí nos encontramos cara a cara con Él. Ahí somos requeridos para definirnos ante Él y tomar una decisión. La escatología se realiza no solo al final de la historia, sino que se anticipa en el «hoy» de esa historia.

Podemos traducir la expresión bíblica «vigilancia» por *inquietud*. Con tal que entendamos bien esta expresión. La inquietud bíblica no se identifica con la ansiedad nerviosa, ni con el perfeccionismo, ni con el negativismo. La inquietud nacida de la esperanza es de otro cuño. Nace de una convicción: todo está marcado por un futuro de mayor plenitud. Las cosas no valen solo por lo que son, sino, sobre todo, por lo que están llamadas a ser.

De esta convicción se deriva una doble consecuencia:

- Ninguna realidad de este mundo ha llegado a su madurez definitiva. No debemos absolutizarla. Ni la familia, ni la comunidad eclesial, ni la paz social, ni mi cargo, ni mis títulos, ni mi historia pasada. No hay otro absoluto que el Señor.
- Ninguna realidad verdaderamente humana, por frágil e imperfecta que sea, puede ser desdeñada como precaria o como fútil. Tiene vocación de ser más. El perfeccionismo y el negativismo no son coherentes con la esperanza.

La actitud contraria a la inquietud es el conformismo. Lo contrario de vigilar es dormir.

3. El trabajo transformador y comprometido

La fe cristiana sostiene inequívocamente que el objeto pleno de nuestra esperanza (la salvación) es don de Dios, no puro logro humano. Pero afirma también con toda claridad que no hemos de esperarlo pasivamente. Hemos de acogerlo activamente y colaborar con él. P. Laín Entralgo distingue la espera, que es pasiva, de la esperanza, que es activa. La parábola de los talentos (Mt 25, 14-30) nos amonesta seriamente sobre la necesidad de hacer fructificar nuestras posibilidades: «*Bien, criado bueno y fiel; como fuiste fiel en cosa de poca entidad, te pondré al frente de mucho. Entra en el gozo de tu Señor*» (v. 21). «*Criado malvado y perezoso, ... debías haber puesto tu dinero en el banco y al volver yo, habría retirado mi dinero con los intereses*» (vv. 26-27).

También en este punto, Pablo nos avisa con palabras terminantes (2 Ts 3, 10-12): *«Si alguno no quiere trabajar, que no coma. Porque nos hemos enterado de que hay entre vosotros algunos que viven desordenadamente, sin trabajar nada, pero metiéndose en todo. A éstos les mandamos y exhortamos en el Señor Jesucristo que trabajen con sosiego para comer su propio pan»*.

No puede ser de otra manera. El cristiano movido por la esperanza no es un simple espectador crítico de la historia, de la sociedad humana, de la comunidad eclesial. La esperanza es dentro de nosotros un dinamismo que nos impulsa a meternos dentro de la historia para activar el fermento renovador depositado en ella por la Muerte y Resurrección del Señor. *«El esperante debe ser operante»* (P. Laín Entralgo). *«Sólo tiene derecho a esperar lo imposible aquel que se ha comprometido a fondo en la realización de lo posible»* (M. Unamuno).

El trabajo reclamado por la esperanza no es cualquier clase de trabajo. Debe ser un trabajo **transformador**, es decir, orientado a mejorar la realidad haciéndola más humana. Debe ser, además, un trabajo **comprometido**. Descompongamos esta última palabra, rica en significado. Hemos de estar «metidos» en nuestro trabajo, implicados en él, aunque no obsesivamente absorbidos por él. Hemos de realizar un trabajo «pro», es decir, a favor de los demás, no puramente pensando en nuestra satisfacción o en nuestro interés. Hemos de realizar un trabajo «con», en colaboración y unión con otros. Solo así podremos juntos realizar un trabajo de calidad humana y evangélica.

4. La paciencia

La esperanza, como virtud cristiana nacida de la Pascua, no es una virtud triunfal, sino crucificada. El Cristo real es el Crucificado_Resucitado. En su profundo comentario a Jn 20, 19-23, el gran exegeta J. Blank escribe: *«Las heridas de Jesús se convierten en su seña de identidad. El Cristo Resucitado y glorificado no ha borrado de su personalidad la historia terrena de sus padecimientos. Está marcado por ella de una vez para siempre, de tal modo que ya no pueden separarse el resucitado y el crucificado. La fe pascual no es, pues, una exaltación ilusoria sobre los padecimientos del mundo. Pero en medio de los padecimientos incomprensibles y absurdos del mundo, esa fe mantiene la esperanza de superar tales penalidades»*.

Tres textos bíblicos serán suficientes para esclarecer este punto capital.

Rm 8, 24-25: *«Ya estamos salvados, aunque solo en **esperanza**. Es claro que la esperanza que se ve no es propiamente esperanza, pues ¿quién espera lo que tiene ante sus ojos? Pero si esperamos lo que no vemos, estamos aguardando con **perseverancia**»,* es decir, con paciencia.

Hb 10, 32-37: *«No perdáis ahora vuestra **esperanza**, que lleva consigo una gran recompensa. Necesitáis **paciencia** en el sufrimiento para cumplir la voluntad de Dios y conseguir lo prometido. Porque el que ha de venir, vendrá sin tardanza»*.

Rm 5, 3-5 establece una circularidad entre la paciencia y la esperanza: *«Hasta en las tribulaciones nos sentimos orgullosos, sabiendo que la tribulación produce paciencia;*

la *paciencia* produce virtud sólida y la virtud sólida, *esperanza*. Una esperanza que no engaña».

Estamos, pues, resucitados y crucificados con Cristo. Lo que nos resta después de la Resurrección no es una etapa llana, casi de trámite, que nos conduce indemnes al «Parque de los Príncipes». Es verdad que, por la Muerte y Resurrección de Cristo, la historia humana ha cambiado de signo. Pero el mal, en todas sus formas, es un toro que, aunque definitivamente herido en la plaza, tiene astas y fuerzas para embestir y dar cornadas mortales hasta el final de la historia. El gol decisivo está marcado, pero el partido continúa.

Si las cosas son así, necesitamos la *paciencia*, es decir, el aguante que encaja los golpes de la vida sin desistir de la actividad ni perder la mansedumbre. No seamos como esos aparatos de precisión muy valiosos, pero tan sensibles que se estropean al menor uso torpe, es decir, a la menor contrariedad.

La paciencia nos es necesaria para respetar la lentitud de los procesos de los demás y para tolerar la nuestra. Nos inmuniza (al menos relativamente) ante el impacto de comentarios críticos sobre nuestra persona o nuestra actuación. Nos resguarda de la fatiga, que es cansancio amargo y escéptico. Nos sostiene para seguir «sembrando en la noche», aunque no veamos si germina la semilla ni si la semilla cae en el surco adecuado. Verifiquemos la autenticidad de nuestra esperanza por la práctica de la paciencia.

5. La oración

«*El que ora, espera; el que no ora, no espera*» (E. Schillebeeckx). En efecto, la oración es también hija de la esperanza. Así lo entiende Jesús, que une el «velad» con el «orad». Así lo repite St 5, 7-8. 16-17, al comparar al creyente con el labrador que espera la cosecha cultivando la tierra y orando por la lluvia.

Santo Tomás de Aquino nos ayuda a comprender mejor este vínculo estructural entre la oración y la esperanza cuando sitúa a ésta entre la desesperación y la presunción. El desesperado no ora porque no espera nada. El presuntuoso no ora porque cree que puede conseguir por sí mismo lo que desea o necesita. La oración se sitúa en el hueco entre la desesperación y la presunción, es decir, en el hueco de la esperanza. Cuando oramos, reconocemos que solo Dios es salvador. Nosotros no podemos salvar a nadie, ni a nosotros mismos. Pero al orar confiamos en que Dios puede y quiere salvarnos.

Enriquezcamos esta idea desde otra óptica. La oración fortalece y purifica los dos grandes componentes de la esperanza: el deseo de Dios y la confianza en Él. Fortalece el deseo: «*La oración no sacia nuestra sed de plenitud, sino que, al contrario, la acrecienta*» (G. Greshake). La experiencia de todos los verdaderos orantes atestigua esta afirmación.

La oración fortalece al mismo tiempo la confianza, es decir, la entrega confiada a Dios y a su Proyecto sobre nosotros y sobre el mundo. A. Vanhoye, en un comentario sublime de la oración de Jesús en el Huerto (Lc 22, 34-46), nos dice: «*Del noble instinto vital de Jesús brota un grito que se expresa en plegaria: 'Padre, si quieres, aleja de mí esta*

copa de amargura'». Pero la oración de Jesús transforma el grito y lo convierte en aceptación confiada: «pero no se haga mi voluntad, sino la tuya'».

6. La sobriedad

En su Carta a Tito (2, 11-13), Pablo nos dejó consignado: *«Se ha manifestado la gracia de Dios que trae la salvación para todos los hombres. Ella nos enseña a renunciar a la vida sin religión y a los deseos del mundo para que vivamos el tiempo presente con moderación, justicia y religiosidad, aguardando nuestra bienaventurada esperanza: la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo».*

La sobriedad es condición indispensable para que emerja en nosotros el anhelo de lo que todavía no poseemos: Veámoslo:

En primer lugar, la hartura (que es lo contrario a la sobriedad), produce *embotamiento* y *hastío*. El deseo de Dios apenas sobrevive cuando nos permitimos la satisfacción complaciente y desmesurada de una multitud de deseos de escasa entidad humana y nula calidad cristiana. El vino de Dios no se saborea con finura si previamente hemos estragado nuestro gusto con caldos abundantes de escasa calidad. La Iglesia ha intuido esta verdad con agudeza antropológica y teológica cuando, en vísperas de las grandes celebraciones, en las que espera una efusión especial de gracia salvífica, ha establecido la «vigilia», el espacio de sobriedad, hecho de oración y de ayuno.

La hartura, sobre todo la producida por el saber o el poder económico o político, produce *autosuficiencia*. En la parábola del rico insensato, Jesús descalifica al hombre que, hinchado por la autocomplacencia en sus propios bienes, no tiene «espacio psíquico» más que para confiar en sí mismo.

Por fin, la hartura nos hace *insensibles a los necesitados*. Nos hace incapaces de situarnos dentro de la piel de los indigentes. El que no ha pasado nunca hambre severa ni frío congelador, *no es capaz* de sintonizar con aquellos para los cuales estas carencias son experiencia vital y crónica. La sobriedad nos es necesaria subjetivamente y objetivamente para la solidaridad. Es otro nombre de la solidaridad. Subjetivamente, para que tengamos capacidad interior de sentir con los necesitados. Objetivamente, para que podamos detraer de nuestras «necesidades innecesarias» los bienes requeridos para enjugar muchas necesidades «muy necesarias» de nuestros semejantes, cercanos o lejanos. Ser sobrios para compartir es un postulado de la esperanza cristiana.

V. APRENDER A ESPERAR

El gran teórico de la esperanza, E. Bloch, escribió: *«Es preciso aprender a esperar».* Aunque su esperanza y la nuestra sean muy diferentes en muchos aspectos, no le falta razón al filósofo marxista. El deseo y el temor, la confianza y la desconfianza conviven y forcejean en el interior del corazón humano. Es necesario un proceso pedagógico de aprendizaje mediante el cual el deseo «domestique» al temor y la confianza se sobreponga a la desconfianza, sin aniquilar a sus antónimos.

Este aprendizaje es necesario en todos los grandes aspectos de la vida, incluso en los más espontáneos. Aprendemos a amar, a asumir la sexualidad, a comunicarnos, a trabajar, incluso a sufrir y gozar. Aprender a esperar se vuelve más necesario cuando muchas circunstancias culturales dificultan este aprendizaje. Parecería que *«después de la sociedad de la producción y de la sociedad de la diversión habríamos entrado en la sociedad de la depresión»* (Card. Danneels). Los cristianos sabemos que la esperanza teologal es un don de Dios. Pero compartimos la convicción agustiniana: *«Dios, que te creó sin ti, no te salvará sin ti»*. Aprender a esperar es colaborar con la gracia.

Algunas de las siete cartas del Apocalipsis (cap. 2 y 3) nos servirán de guía en el itinerario de nuestro aprendizaje.

1. Aguardar como un pobre (Ap 2, 8-18)

«En ese pondré mis ojos: en el pobre y el humilde que se estremece ante mi Palabra» (Is 66, 2). El retrato espiritual del pobre ofrecido por la Biblia está dotado de una admirable dignidad. Es espiritualmente pobre aquel que **reconoce** sus limitaciones, sus errores, sus pecados. Tiene que vencer para ello su propio orgullo, que tiende a cegarle: *«La memoria me dice: he obrado mal. El orgullo me dice: no has podido obrar mal. Y el orgullo acalla a la memoria»* (F. Nietzsche).

Es espiritualmente pobre aquel que, con dolorido realismo, **se acepta** a sí mismo como limitado y sufre en paz ante la limitación que no puede superar. No se permite menospreciarse: *«Odiarse a sí mismo es menos difícil de lo que parece. Debemos amarnos humildemente a nosotros mismos como miembros heridos y dolientes del Cuerpo de Cristo»*.

Es espiritualmente pobre aquel que tiene el valor de arrancarse esa máscara engañosa tras la cual los humanos intentamos ocultar nuestras llagas y vergüenzas, para transmitir la impresión de personas seguras, coherentes, satisfechas. El pobre **se manifiesta** tal cual es.

Es espiritualmente pobre aquel que tiene una experiencia tan auténtica y tan sincera de sus límites que en ella vive la experiencia de la limitación de la **misma condición humana**. Esta convicción vital le hace aceptar a los demás como partícipes de su propia pobreza y le inmuniza, al mismo tiempo, ante el riesgo de mitificar o de demonizar a cualquier ser humano, por excelente o detestable que sea.

Estos rasgos del rostro del pobre no han de ser solo individuales, sino también **eclesiales**. Nuestra Iglesia, si quiere vivir de la esperanza, necesita asimilarlos uno por uno. Hemos de ser pacíficamente conscientes de nuestra **pobreza sociológica**: cada vez somos más débiles en una sociedad cada día más poderosa. Hemos de asimilar y asumir progresivamente una **pobreza económica** que nos haga ser austeros en nuestros gastos y generosos con los pobres. Hemos de tolerar con sereno dolor nuestra **pobreza apostólica** en medio de una sociedad en gran parte insensible al Mensaje y reluctante a la voz de la Iglesia. Hemos de interiorizar nuestra **pobreza moral**, bastante lejana a los requerimientos de nuestra vocación cristiana. Hemos de aceptar nuestra **pobreza existencial**: por sí mismos, nuestros esfuerzos, cualidades y programas son incapaces de producir un solo átomo de salvación. Hemos de vivir una **pobreza profética** que quiere

ser «*la protesta contra la dictadura del tener, del poseer*» (J.B. Metz) y «*de la insumisión a la tiranía del mundo contemporáneo que pone toda su confianza en el dinero y en la seguridad material*» (*Pastores dabo vobis*, n. 30).

Nada de esto será posible si nuestra Iglesia no se acerca de verdad progresivamente a los que, en esta sociedad y en el Tercer Mundo, viven en extrema situación de pobreza económica, sanitaria, educativa, social. En una palabra: a los «pobres_pobres». No queremos caer, ni por asomo, en la autosuficiencia y autocomplacencia de la rica Iglesia de Laodicea que, incapaz de sintonizar con los necesitados, ya no es capaz de esperar nada. «*Dices: 'yo soy rico, me he enriquecido y de nada tengo necesidad', y no sabes que eres miserable, pobre, ciego y desnudo*» (Ap 3, 14-22). Queremos hacer verdad la afirmación contenida en nuestro «Modelo de Iglesia» (n. 30): que se sitúe «*más en el centro de nuestras comunidades cristianas el servicio a los pobres*». Estando evangélicamente junto a los pobres y compartiendo empáticamente su situación, la esperanza, lejos de debilitarse, revivirá. No hay clima mejor para mantener la esperanza que la efectiva cercanía a los pobres.

2. Aguardar «desde dentro» (Ap 2, 1-7)

La Iglesia de Éfeso «marcha bien». Tiene iniciativa y entereza. A pesar de ello, escucha palabras severas: «*Has dejado enfriar el amor primero. Recuerda, pues, de dónde has caído; cambia de actitud y vuelve a tu conducta primera*» (Ap 2, 4-5).

Nuestro esfuerzo por modelar la diócesis despierta esperanza en muchos laicos, religiosos y presbíteros. Suscita en otros un interrogante y una reserva cautelosa acerca de su efectiva viabilidad. Tal vez, en algunos, una reacción escéptica e incluso un movimiento de rechazo.

Si la transformación que pretendemos se reduce a una simple reorganización territorial y a un aprovechamiento más racional de nuestros recursos pastorales, la esterilidad está asegurada de antemano. Las estructuras vacías solo generan cansancio y decepción. Todo parece funcionar organizadamente. La gestión puede ser aceptable, incluso impecable. La programación puede ser exuberante. No obstante, la comunidad da la impresión de estar como apagada.

No queremos en modo alguno que este sea nuestro caso. En nuestra Carta Pastoral de Cuaresma (2005) «*Renovar nuestras comunidades cristianas*», dedicábamos el capítulo IV (nn. 50-66) a reflejar el espíritu que habría de animar la remodelación pastoral: una fe ungida por la experiencia, trabajada por el seguimiento, vivida en comunidad, urgida a la evangelización.

Enunciar estas grandes claves espirituales es mucho más fácil que «pasarlas a nuestra sangre». Ellas mismas pueden resultar palabras vacías sin ese maravilloso «metabolismo» que los incorpore a nuestra concreta espiritualidad.

Nuestro organismo eclesial necesita poner a punto los factores que, bajo la acción del Espíritu, activan este «proceso metabólico», sobre todo en los responsables pastorales: la formación básica y actualizada, las sesiones de comprensión y asimilación del proyecto renovador, los retiros espirituales, la praxis del trabajo en equipo, los

encuentros de calado comunitario, la oración intensa y sostenida, individual y comunitaria, que impregne todos estos factores de interiorización.

La experiencia diaria nos certifica que allí donde se cultivan cuidadosamente estos elementos florece, humilde, paciente y perseverante, la esperanza. La misma experiencia nos asegura que donde no se cultivan se instala un mecanicismo voluntarista que «calcifica» nuestras actitudes y comportamientos pastorales, genera fatiga y roba la dicha de evangelizar.

Si somos fieles al itinerario apuntado, veremos renacer en nuestro interior la flora intestinal de una nueva espiritualidad. Surgirá en nosotros la confianza, no el optimismo biológico o psicológico. Buscaremos, como Jesús, la fidelidad, no el éxito visible e inmediato. Nos sentiremos responsables sin culpabilizarnos. Se irá aclimatando en nosotros un hacer sosegado, en vez de una hiperactividad nerviosa o una pasividad escéptica. Cultivaremos la paciencia pastoral en vez de la prisa inmediateista. Brotará en nuestra vida y trabajo eclesial una alegría que, sin desalojar el sufrimiento, disipará habitualmente la tristeza que produce amargura.

He aquí el milagro que el Espíritu quiere realizar en la tierra muchas veces reseca de nuestro espíritu: despertar en vez de la nostalgia, la esperanza.

3. Ensanchar nuestra esperanza

Una de las deformaciones de la escatología cristiana de los últimos siglos ha consistido en desplazar el interés de la teología, la espiritualidad y la pastoral sobre el futuro individual tras la muerte de cada uno. Por el contrario, la Palabra de Dios acentúa sobre todo el futuro colectivo de la humanidad tras el fin de la historia. Como no podía ser de otra manera, la esperanza se resintió de este desvío y fue vivida principalmente como esperanza individual: el sujeto preferente de la esperanza era el «yo», no el «nosotros».

Lejos de ser una pura aspiración individual, la genuina esperanza cristiana está tejida de una fibra solidaria. La salvación que ella anhela y confía lograr es la salvación de la comunidad humana, consistente, en último término, en la íntima, plena y definitiva unión con Dios y entre los humanos. La esperanza es aspiración a la solidaridad y a la comunión. «*Yo espero en Dios, en ti y contigo para nosotros*», dice uno de nuestros teólogos. La visión paulina concibe el fin de los tiempos como una liberación universal, comunitaria, incluso cósmica. «*La creación vive de la esperanza de, también ella, ser liberada para participar así en la gloriosa libertad de los hijos de Dios... También nosotros, los que poseemos las primicias del Espíritu, gemimos en nuestro interior suspirando porque Dios nos haga –plenamente– sus hijos y libere nuestro cuerpo*» (Rm 8, 20-23).

El cuidado y el interés por el futuro de los demás (el amor) es, pues, algo medularmente contenido en la estructura misma de la esperanza. No solo el amor; también la fe. En efecto, la esperanza forma parte de esta tripleta de virtudes que son las únicas que reciben el nombre de teologales, es decir, enraizadas en la entraña misma de Dios: creemos en Dios, esperamos en Dios, amamos a Dios. Tal enraizamiento las ata en una unidad indisoluble y en una estrecha relación recíproca. La esperanza es sostenida por la fe y la caridad, al tiempo que ambas son sostenidas por ella.

Sin la fe, la esperanza cristiana no puede vivir; se transforma en un sueño. Solo la fe firme que nos otorga la certeza de las promesas de Dios alimenta el deseo y sostiene la confianza inquebrantable que constituyen el nervio mismo de la esperanza. Solo el amor le ayuda a «*esperar contra toda esperanza*» (Rm 4, 18). No se otorga una plena confianza a Dios si no se le ama. Pero recíprocamente solo el deseo confiado de la esperanza sostiene la fe; cuando falla, ésta se resquebraja. Sin la esperanza, la fe está muerta. El mismo amor desfallece si no se nutre del deseo de Dios y de la confianza irrevocable en Él.

Ch. Péguy ofrecía una imagen muy certera de las tres virtudes teologales cuando las describía como tres hermanas cogidas de la mano.

Aprendemos, pues, a esperar en cristiano cuando aprendemos a pasar del «yo espero» al «nosotros esperamos». Ensanchamos y enriquecemos nuestra esperanza cuando comprendemos la circularidad existente entre las tres virtudes teologales.

4. Prevenir las falsas salidas

El deseo que anida en el fondo del corazón humano es tan profundo y su perpetua insatisfacción es tan intolerable que los hombres y mujeres de este mundo no han cesado de alumbrar salidas para esta situación incómoda. Las grandes utopías humanas en búsqueda de una humanidad feliz y solidaria, son un intento noble, aunque insuficientemente fundado, de encontrar una salida a la desproporción entre lo que el hombre desea y lo que puede.

Otros intentos no son tan nobles, aunque sí explicables. Hoy es llamativo el recurso a todo tipo de terapias que intentan compensar el desajuste entre la realidad de una persona y su nivel de aspiración. Es también alarmante la praxis de la automedicación que alcanza en nuestra cultura graves proporciones y corre el riesgo de convertirse en una verdadera calamidad social. El fármaco, el somnífero, el tranquilizante se han convertido en grandes fetiches de nuestro tiempo. El uso exagerado del alcohol y las demás drogas son otra falsa escotilla de salida. La necesidad imperiosa de satisfacer inmediatamente el deseo y la incapacidad de tolerar las frustraciones de la vida inducen a muchos a caer en una dependencia que arruina su salud y su libertad, su autoestima y su respeto a los demás.

Otra manera de derivar por caminos tortuosos es el culto al cuerpo que, en hombres y mujeres, llega con frecuencia a erigirse en un verdadero ídolo de bienestar y de placer. La confusión de la nobleza del gozo con la banalidad de la satisfacción es muy frecuente. Dicha y bienestar son, en demasiadas ocasiones, tenidos como sinónimos.

Todos conocemos, asimismo, derivas preocupantes de carácter «religioso». No me refiero a nobles inquietudes que buscan también en otras religiones lo que no han acabado de encontrar en la suya. Tal vez debe hacernos pensar la frase provocativa de Harvey Cox: «*La Iglesia ha optado por los pobres (?), y los pobres han optado por las sectas*». Me refiero más bien a fenómenos «religiosos» como New Age, en los que ser religioso parece identificarse sustancialmente con sentirse bien consigo mismo, sin ninguna auténtica trascendencia ni hacia Dios ni hacia los demás.

Ante todas estas salidas, la Iglesia no tiene otro mensaje ni otro testimonio que el de una esperanza sobria, realista, no evasiva que, de entrada, «lleva las de perder» frente a propuestas más inmediatas. Habrá quien encuentre en nuestro mensaje un aroma de autenticidad. Muchos no. Tendremos que ofrecerles nuestra compañía para analizar los efectos del viaje que realizan. Nos tocará, probablemente, acoger a algunos de ellos cuando, heridos o maltrechos, estén de vuelta de ese viaje.

Nosotros mismos somos, con frecuencia, parcialmente protagonistas de estas «escapadas» del camino de la esperanza. No somos inmunes a los ídolos ni a los fetiches. Sentimos cómo la atmósfera cultural del nihilismo («nada vale; nada merece la pena») nos penetra e induce en nosotros la tentación de compensarnos con sucedáneos de la esperanza. La amistad, la familia, las inquietudes culturales o estéticas, las aficiones deportivas, los compromisos de servicio gratuito, el ejercicio gratificador de la profesión, son factores equilibrados. Pero, a fin de cuentas, esperar en cristiano es jugar a una sola carta: la carta de Dios. Es preciso que asumamos, confirmemos y pidamos la gracia de esta opción.

5. Asidos a la Palabra de la Promesa (Ap 3, 7-13)

«Tenemos también la Palabra de los profetas, que es firmísima. Hacéis bien en dejaros iluminar por ella, pues es como una lámpara que alumbra en la oscuridad, hasta que despunte el día y el lucero de la mañana se alce en vuestros corazones» (2 P 1, 19).

Los fieles de la modesta comunidad de Filadelfia escuchan del Señor estas palabras confortadoras: *«Ya sé que tu poder es pequeño, pero has guardado mi palabra y no has renegado de mi (Ap 3, 8). Tú has sido fiel a mi palabra que hablaba de perseverancia; Yo te seré fiel en esta hora de prueba (v. 10)».*

Los cristianos vivimos en el régimen de la Palabra, no todavía en el régimen de la visión de Dios. Nuestra esperanza se mueve a media luz, bajo el tenue resplandor de la Palabra. Ella nos instruye, nos conforta, nos corrige, nos consuela (cfr. 2 Tm 3, 16). Ella alimenta nuestra esperanza *«para que, por el consuelo de las Escrituras, tengáis esperanza» (Rm 15, 4)*. Estamos salvados, pero *«en esperanza» (Rm 8,24)*. Por eso los cristianos vivimos colgados de la Palabra de Dios, esperando el cumplimiento de su Promesa.

El redescubrimiento de la Palabra de Dios realizado hoy en la Iglesia por una inmensa muchedumbre de cristianos es uno de los grandes acontecimientos eclesiales del siglo XX. El admirable n. 21 de la *«Dei Verbum»* (Vaticano II), venera la Escritura *«como al mismo Cuerpo del Señor»*; la presenta como una palabra viva y actual por la que *«el Padre sale amorosamente al encuentro de sus hijos»*. Destaca *«la fuerza de la Palabra de Dios que constituye el sustento y vigor de la Iglesia»*.

Descubrimiento trascendental, aunque tardío y todavía incompleto. Hace ya bastantes años J. Danielou escribió, de manera gráfica y provocativa: *«Protestantes: venerad a la Eucaristía como veneráis a la Palabra. Católicos: venerad a la Palabra como veneráis a la Eucaristía. Unos y otros: veneradlas menos y usadlas más»*. Todavía esta interpelación conserva parte de su oportunidad.

Si hay un fenómeno que es signo de la acción del Espíritu en nuestra iglesia diocesana en estos últimos años, no dudo en sostener que tal signo es la multiplicación de los grupos de lectura creyente de la Biblia. Sus miembros experimentan un aumento sensible de la esperanza. Habremos de seguir ofreciendo este servicio a parroquias y centros eclesiales y a personas y grupos de edad y condición diferente. Cumpliremos con alegría la recomendación del Concilio: «*A la lectura de la Sagrada Escritura debe acompañar la oración para que se realice el diálogo de Dios con el hombre*» (*Dei Verbum*, n. 25). San Ambrosio nos lo dice con escueta sobriedad: «*A Dios hablamos cuando oramos; a Dios escuchamos cuando leemos sus palabras*».

Unas palabras de la Carta a los Hebreos (6, 18-20) me parecen sumamente aptas para cerrar el último capítulo de esta Carta: «*Dos garantías irrevocables (su amor y su fidelidad) en las cuales es imposible que Dios nos engañe, nos dan brío y ánimo a nosotros para asirnos a la esperanza que tenemos delante. Ella es para nosotros como un ancla sólida y firme para nuestra vida, que penetra hasta el interior del santuario (la vida eterna en Dios) a donde Jesús entró por nosotros como precursor*». Que, anclados sólidamente en aquella, «*estemos siempre dispuestos a dar razón de nuestra esperanza*» (1 P 3, 15).

CONCLUSIÓN

La Iglesia de Gipuzkoa ha recibido del Señor la misión de ser, en el corazón de nuestro pueblo, «*un motivo para seguir esperando*» (Plegaria Eucarística V/b). Pero **esperar** en el Dios cristiano lleva consigo **operar** en la historia. Reavivar su propia esperanza y confortar la esperanza de la sociedad constituyen para ella una doble y única misión.

1. Reavivar la esperanza de la Iglesia

El Bautista había vaticinado un Mesías fulgurante y un Reino arrollador. Pero Jesús no es un Mesías fulgurante. El Reino que él anuncia e inicia es real, pero sus signos externos son bien modestos. También en nuestros días nos corresponde aprender a leer estos signos sin escandalizarnos de su modestia y realizarlos y multiplicarlos bajo la acción del Espíritu de Jesús.

Este quehacer alcanza a toda la comunidad diocesana. Como las plantas del desierto acostumbradas a vivir con el agua escasa, los presbíteros habremos de refrescar nuestra esperanza pastoral con el estímulo de estos signos modestos. Tales signos nos entonarán si está vivo **el motivo** de nuestra esperanza: La fidelidad de un Dios Amor manifestado en la entrega definitiva de su Hijo al mundo.

Las comunidades parroquiales y las Unidades Pastorales están llamadas no solamente a confortar la esperanza de nuestros mayores, sino a acoger a gente afligida por los golpes de la existencia y a curar sus heridas con el aceite y el vino del Buen Samaritano. Pueden y deben ser un astillero en el que se repare la esperanza maltrecha de muchos. Los servicios de Caritas, de la pastoral de enfermos e inmigrantes y otras iniciativas análogas, regeneran no solo la esperanza de sus destinatarios sino también la de la

misma parroquia que se los brinda generosamente. La catequesis, al mismo tiempo parroquial y familiar, y una liturgia viva serán asimismo generadoras de una esperanza realista e inquebrantable. Las comunidades de religiosos y religiosas, plantadas en nuestros pueblos y ciudades y probadas por la penuria vocacional, están llamadas no solamente a dar un voto de confianza total a Dios que sigue salvando por caminos para nosotros desconocidos inexplicables, sino a irradiar en su entorno una esperanza que sabe ser firme en la apretura y alegre en la aflicción. Por algo son ellos y ellas, en la Iglesia y para el mundo, signo privilegiado de la esperanza definitiva de la vida eterna junto a Dios.

Cada uno de los creyentes, individuales o asociados, está convocado a ser, en su contexto familiar, profesional, cultural y social, un «ambientador» que procure recoger y fagocitar los malos olores de la amargura y el escepticismo y emitir el aroma de una esperanza alimentada en la escucha de la Palabra, en la celebración de la Eucaristía, en la formación cristiana y en la oración perseverante.

2. Confortar la esperanza de la sociedad

Somos conscientes del alcance reducido de nuestra audiencia social. Sabemos bien que somos en Europa una Iglesia debilitada en una sociedad poderosa. Pero no nos engañamos al afirmar que esta Iglesia nuestra mantiene un crédito moral nada desdeñable incluso más allá de los confines de la explícita comunidad diocesana. No podemos renunciar a este crédito moral, porque estamos convencidos de que, a través de él, la Iglesia enriquece a la sociedad con el humanismo del Evangelio. No queremos imaginarnos una sociedad en la que la adoración de la técnica, la obsesión del bienestar, la idolatría del dinero, la banalización de la sexualidad, la exaltación de la fuerza bruta y violenta, la desintegración de los vínculos comunitarios, le privaran del oxígeno que puede insuflarle una Iglesia que se lo ofrece con humildad, desinterés y convicción.

Son aún numerosos los cristianos implicados en responsabilidades políticas de gobierno o de partidos. Su condición de personas públicas les convierte en símbolo de la sociedad civil y espejo en el que se miran los ciudadanos. Sus palabras, gestos y acciones son un testimonio que puede suscitar esperanza o desaliento. Reconocemos de buen grado sus realizaciones y dificultades. Les pedimos que, en virtud de su fe, sean generadores de esperanza. Lo son cuando saben anteponer el bien común a los intereses de partido; practican la autocrítica y huyen de la descalificación sistemática de sus adversarios políticos; realizan el máximo servicio con la mínima voluntad de protagonismo.

Los Medios de Comunicación Social tienen, en nuestro mundo, un enorme potencial configurador de la mentalidad, de la sensibilidad y de la conducta de los ciudadanos. La realidad engendra noticias alentadoras y preocupantes, incluso terribles. Es normal que la prensa refleje también estas últimas. No puede escamotear su servicio a la verdad. Pero la moral de un pueblo es un gran tesoro que es preciso preservar. Si por motivos comerciales o servidumbres ideológicas se describen y comentan de manera reiterada y duramente sesgada los aspectos sombríos de la realidad, el ánimo de los ciudadanos se encoge y, lejos de sentirse estimulado, puede ir hundiéndose en un derrotismo pasivo. El género literario preferente para generar esperanza no es el lamento ni el insulto, sino la propuesta constructiva.

Entre los hombres y mujeres profesionales de los Medios de Comunicación se encuentra un número apreciable de cristianos sinceros y convencidos. El sedimento activo de esperanza que anida en su alma creyente les ayudará a sostener y transmitir que las situaciones en las que vivimos, lejos de ser un callejón ciego, tienen una salida que hemos de buscar, labrar y pedir.

Los Medios de Comunicación de la Iglesia tienen el deber de ser ejemplares también a la hora de suscitar la esperanza. Muchos de sus escritos y programas son coherentes con este deber ineludible. Lamentablemente no todos. La Iglesia debe procurar que todos sus profesionales siembren concordia, respeto al diferente, serenidad valorativa. Estas actitudes nutren la moral de los ciudadanos. Debe asimismo evitar que ninguno destile animosidad, ironía mordaz, sectarismo. Tales comportamientos desmoralizan, desaniman y siembran desesperanza.

En esta tierra nuestra, fuertemente tocada en su esperanza colectiva por el azote de la amenaza terrorista, el desencuentro político, la incertidumbre del respeto efectivo de los derechos humanos y el alejamiento de la perspectiva de la paz, todos y cada uno de los cristianos somos requeridos por el Señor a mantener viva, es decir, expresada en obras y palabras, la esperanza de una paz justa y estable.

Es ésta una de las grandes esperanzas humanas que son signo, fruto y anticipo de la Gran Esperanza final.

San Sebastián, 2 de diciembre de 2007
Primer Domingo de Adviento

† **Juan María Uriarte**
Obispo de San Sebastián